

SANTA MARÍA EN PENTECOSTÉS **Padre Pedro José Ynaraja Díaz-**

PRECEDENTES

-
-

SÉFORIS

- ¿Qué estás diciendo, mamá? ¿con quien hablas? Pregunta la Chiquilla?
 - Con nadie, bueno sí, con Dios. Estoy diciendo el Quidush. Repítelo ahora conmigo
 - Baruj atá Adonai, elojeinu melej haolam, asher kideshanu bemitzvotav verahtsa vanu, veshabbat kodsho
 - Pero yo no lo entiendo...
 - Ya lo entenderás, hija mía. A Dios le hablamos siempre en hebreo, la lengua en que el Señor se dirigió a Abraham y en la que hablaron los profetas. En familia conversamos en arameo.
 - Pero a veces lo dices mucho más largo, insistió Myrian.
- Si una criatura empieza a preguntar, no puede uno dejar de contestarle, lo sabía muy bien Ana, así que prosiguió.
- Sí, es que recito en voz baja la Torá.
 - ¿Y qué dice la Torá? insistió la Niña.
 - "Al principio creo Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas..."
 - ¿Y qué es el espíritu de Dios?
 - Hija mía haces unas preguntas que no sé qué contestarte. El Espíritu de Dios es como su aliento.
 - ¿Es cómo cuando tú me das un beso?
 - Algo así debe ser...
 - Pues yo quiero sentir eso
 - Hija mía, a Dios hay que tratarle con mucho respeto
 - Pero si yo amo mucho a Dios...
 - Pues continúa queriéndole siempre.

NAZARET. HAN PASADO ALGUNOS AÑOS

- Tu padre y yo el otro día, estuvimos hablando de ti. Hija mía, te has hecho mayor, tienes casi 13 años... debo decírtelo, es mi obligación...
- ¿Qué pasa? ¿es que me voy a morir pronto?
- No, hija mía. Quiero que sepas que ha llegado la hora de casarte
- Ya esperaba que me lo dijeras cualquier día, pero es que yo...
- Tu padre y yo conocemos a un chico muy bueno y hemos pensado... bueno hemos hablado con sus padres y también a ellos les parece bien...
- Si es así...

NAZARET. AL CABO DE POCO

Aguardaba su turno en la fuente. Desde lo que le dijo su madre, estaba siempre un poco nerviosa. Llenó el ánfora y se fue a casa. Estaba sola. Es lo que Ella creía, pero no. Le pareció que una sombra se movía. Se asustó, volvió la vista y le pareció ver a un joven.

Escuchó su voz, varonil y amable, como la del hermano mayor que le explica algo al oído a su hermanita.

Se asustó cuando le habló de un hijo. Dios lo quería así, le dijo dulcemente. No lo entendía, pero, ¿cómo iba ella a negarse? cerró los ojos, estaba colorada, dijo suavemente: bueno, que sea lo que Dios quiera.

Sintió entonces una sensación indescriptible, como si Dios le hubiera dado un beso. ¡Qué ternura sintió dentro de sí!. Debía ser el Espíritu de Dios, que le explicó su madre. Nunca había notado nada igual.

A nadie se lo dijo, pero en todo el aquel día no dejaba de pensar en lo que había escuchado. Estaba un poco extraña, pero feliz.

¿A quién contárselo? No le había dicho que fuera un secreto, pero... Sin duda con Isabel sí que podía compartir. Pese a conocerla poco y vivir lejos, con ella debía hablar, puesto que también ella, era confidente del Señor...

EIN KAREN

Sí, pudo compartir. Pudo también ayudarla y escuchar sus consejos. Al cabo de unos meses nació Juan y con los ancianos progenitores pudo celebrarlo. Poco después hubo de partir. Se iba ilusionada, intrigada, también temerosa, confiando sólo en Dios.

NAZARET

Durante su ausencia, Dios se había comunicado con José, su esposo, así que fue fácil y delicioso compartir aquellos secretos que la habían torturado e ilusionado. Ella, José y el Niño, que daba ya muestras de su presencia en su seno.

JERUSALÉN. EN EL CALVARIO

No estuvo sola. Compartía su dolor con otras mujeres que habían ayudado a su Hijo y con un chiquillo compungido, al que tanto amaba. Le satisfizo su compañía, mientras Jesús agonizaba. Después agradeció los favores de José de Arimatea y de Nicodemo, que facilitaron las labores del entierro y sepultura.

¡Nada es tan triste como engendrar vida y contemplar después que tal vida muere. A la Fe de María también acompañaba la duda, el misterio la envolvía y atenazaba. Pero era fuerte y no perdió la Esperanza.

Dios oculto, guardaba silencio.

De una u otra manera se fueron enterando. El Señor vivía, se lo repetían, lo gozaban algo desorientados. Nada sabían de ello dos discípulos, amigos y familiares del Maestro que habían marchado de Jerusalén temerosos.

Inesperadamente volvieron atolondrados a explicarles que aquella misma tarde, la del mismo día que antes del amanecer las mujeres habían encontrado el sepulcro vacío, ellos se habían encontrado con Él por el camino, habían charlado y llegado el atardecer e invitado a quedarse con ellos a descansar en su casa y Él entonces les había partido el Pan y al darse cuenta por ello de quien era, había desaparecido.

Todo entonces fue gozo compartido.

Más tarde, pasado un tiempo, algunos, siguiendo sus indicaciones, volvieron a Galilea y se engancharon en la pesca, que era lo suyo.

Aun siendo diferentes las decisiones que tomaron, no dejaron de comunicarse entre ellos y el Señor se aparecía inesperadamente, les instruía un día o compartía pan y pescado otro. Si alguno desconfió por un momento, quiso enseñarle las cicatrices de su pasión que aún conservaba.

En otra ocasión se rió de ellos observando su torpeza pescando. Les señaló un banco donde se apretujaban los peces. Se reunieron compartiendo lo cogido por

ellos con lo que Él ya había capturado antes y preparado y en la sobremesa examinó de amor a Pedro y como el discípulo sacó sobresaliente de la prueba, le responsabilizó de la tarea de mantener la unión entre ellos, augurándole la función y sacrificio que le esperaba.

Por el camino que tantas veces habían recorrido, de Betania a Jerusalén y de Jerusalén a Betania, se detuvo un día y les confió que este viaje sería de despedida, que no les abandonaría, no, pero que ya era hora de que se espabilasen y continuaran por su cuenta la labor que con Él habían empezado, extendiéndola por todo el mundo.

¿Nos abandonas? le preguntaron.

Que no, que aunque no me veáis, estaré junto a vosotros, les respondió y, más aún, pronto os llegará quién de tantas veces os he hablado: el Defensor, mi espíritu personificado, ¡qué sorpresa vais tendréis! No os desaniméis, será pronto.

No se atrevieron a hacerle más preguntas. Confiaron en Él, aunque estaban intrigados mientras le veían desaparecer.

Confiaron que su Madre les ayudaría, Juan Marcos le pidió que continuara quedándose en casa de su madre, en el mismo Jerusalén. Ella le dijo que así haría, se lo prometió.

Un día que Pedro, María y Juan, estaban juntos, se les ocurrió que ya que se acercaba la Fiesta de las Semanas, una jornada alegre, breve solemnidad del calendario israelita, ya que la mayoría de los discípulos acudiría a la capital, podían reunirse en la sala alta que en otras ocasiones les había ofrecido el buen amigo, la que se la prestó para la Pascua. Corrió la voz, prepararon la estancia. Llegado el día nadie faltó.

-
-
-
-

PENTECOSTES

Nos encontramos todos. Lo de todos es un decir. Lucas dice 120, no sé de donde lo sacó. Ahora bien, los artistas, generalmente, han reducido el número a algo más de una docena. Rebajarlo a pocos resulta más fácil de pintar. Pero lo importante no es la cantidad, sino la calidad de los asistentes y su actitud espiritual. En los dos aspectos era inmejorable. Más o menos todos nos conocíamos y acudíamos ilusionados sin saber porqué.

Yo ya había contado a algunos mi primer encuentro profundo con el Espíritu Santo en Nazaret, cuando obró en mí la Encarnación. Ellos me habían dicho que en alguna aparición, alentando sobre ellos, había pronunciado: recibid el Espíritu Santo y el tono de la entrevista entonces, había cambiado.

En otra ocasión algunos habían contado que la primera vez que le vieron en el Jordán, el día que quiso que Juan le bautizase, habían visto al Espíritu descender sobre Él cual una paloma.

Ahora bien, lo que más les intrigaba era que a guisa de despedida, les había dicho: "Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días... recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra". ¿Qué significaría esta advertencia?

Por mucho que entre ellos lo hablaran, nunca habían sacado nada en claro.

¿Éramos muchos o pocos aquel día en la sala alta? Ciertamente que comparados con los que por los campos de Galilea o a orillas del Lago le escuchaban, éramos una menudencia, pero pensando en los que le habían acompañado en el Calvario, cuando fue ajusticiado, éramos una multitud.

Interrumpo mi comentario para tratar de describir lo que, sin estar prevenidos, empezó de repente a ocurrir, interrumpiendo la informal convivencia en la que nos encontrábamos...

Todo cambió en el recinto. Se iluminó la atmósfera en la que estamos sumergidos, la luz se infiltró por todos los rincones, sin que a nadie les deslumbrase, ni supiesen de donde venía. El resplandor asombró, sin que nadie temblara de miedo. Sopló recio huracán, que nada derribó. Se escucharon estrepitosos truenos y los relámpagos fragmentaron el firmamento a pedazos desiguales, pero ni dentro, ni fuera, ocurrió daño alguno.

Nos mirábamos unos a otros sorprendidos en silencio. Duró muy poco tal quietud. A quien mirábamos, fuera quien fuese, nos parecía que de su cabellera surgían llamas y mientras, cada uno sentía dentro de sí un fuego espiritual que transformaba su ser. Nos vimos diferentes y sentimos un gozo indescriptible. Todo eran sonrisas, más bien mejillas coloradas, cual granadas a punto de reventar, ojazos admirados de las mujeres desconcertadas, abrazos entusiasmados, sin saber ni preguntarnos el porqué. Éramos antorchas vivas, que iluminaban sin consumirse, cual la zarza de Moisés.

Indudablemente, el Espíritu Santo estaba con nosotros y en nosotros. Estábamos convencidos, sin que nadie nos lo hubiera dicho.

Por mi parte, tal era el mismo júbilo y misterio que se me había otorgado en Nazaret y que nunca había olvidado. Lo reconocí, era evidente, no necesitaba analizarlo, ni discutirlo. ¡Qué gozada!

En Nazaret estaba sola, aquí compartía mi felicidad con los amigos de mi Hijo. No podía desear más.

Compartir fue la última felicidad que mi Hijo me concedió en esta vida. Lo que pasó después, mi traslado de este mundo, tuvo poca importancia.

Lo maravilloso es que los asistentes, todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, estábamos compartiendo la Gracia y el éxito, sin envidia alguna, gozando porque a todos se nos otorgasen los mismos grandes dones.

Nos reconocíamos identificados en el Señor y en su Espíritu, pese a que no se nos hiciera visible.

Súbitamente se abrieron de par en par las ventanas y observamos admirados que fuera nos rodeaba un gran gentío.

Sin que nadie se lo indicara, Pedro levanto el brazo en ademán de quien quiere hablar y desea ser escuchado.

Se hizo un silencio sepulcral.

Habló con valentía y decisión, cual nunca se le había escuchado. Todos estaban atentos. Todos le entendíamos. Todos los de fuera acogían lo que se les anunciaba.

Pedro, sin ser rabino, era sincero, hablaba convencido y desprendía felicidad por los poros.

Se miraban unos a otros extrañados. Muchos eran extranjeros, por su atuendo se les veía a la legua que habían llegado de lejanas tierras y que se comunicaban entre sí en diversos idiomas. Pedro se expresaba únicamente en el suyo, el arameo, su lengua materna, la única que sabía, pero cada uno le entendía, como si estuviera hablándoles en la suya propia.

Si bien los que estábamos dentro admirábamos lo que ocurría fuera, nos percatábamos de que en nosotros y en los demás, habitaba el mismo Espíritu. Sin saber quien era, como era, qué ocurría, evidentemente, algo se había infiltrado en nuestro interior y nos liaba, cual si estuviéramos suavemente encadenados. Las serias miradas, se tornaban simpáticas sonrisas, todos nos apretujábamos para no perder nada de aquel momento y el solemne discurso, sintiendo palpar intensamente nuestro corazón emocionado.

Llegó el atardecer y oscureció enseguida, fueron poco a poco marchándose, hablando en voz baja, apenados de tener que abandonar aquel inesperado encuentro.

Evidentemente, con todos compartía Dios ¿Puede existir algo mejor y mayor?. La experiencia de aquel día nos mudó a todos. Éramos muy otros. Sintiéndonos muy libres, nos percatábamos de que estábamos íntimamente unidos y comprometidos en algo sublime y superior. Todavía ignorábamos qué era, pero algo había.

Sin ser conscientes, sin pretender nada concreto, por obra de una fuerza superior inesperada, allí y entonces, nació la Iglesia, lo supimos luego.

He dicho que los que oyeron a Pedro se dispersaron discretamente, lo mismo hicimos nosotros. Nos alejamos sí, añorando las vivencias de aquel día, pero sintiéndonos estrechamente unidos e identificados con algo muy superior que se nos había gratuitamente otorgado.

Dios es eternamente joven y nos contagiaba su lozanía, que nunca debíamos perder. El Espíritu del Señor, tal como nos lo había anunciado el Señor, era coraje y valentía, se hizo también escudo defensor.

A Dios Padre se le atribuye nuestra creación. Dios Hijo nos salvó. Dios Espíritu nos torna vivientes valientes y festivos.

El Padre representa la seriedad de la tarea inicial. El Hijo la doctrina, el ejemplo y el sacrificio. El Espíritu Santo es la juventud eterna, la simpatía, la elegancia espiritual, la generosidad personificada.

PENTECOSTÉS ENTONCES HOY Y SIEMPRE

Si queremos comunicarnos con Dios con facilidad, nosotros los hombres del planeta tierra, enterados de lo que Dios mismo nos ha informado, Revelación llamamos a esta suerte, lo haremos mediante el Hijo, Dios auténtico, pero también hombre verdadero. Su vida, su doctrina y sus milagros nos permiten identificarnos con Él. Si lo aceptamos, es decir, si conocemos y admiramos sus enseñanzas, seremos creyentes. Si sus criterios de vida, sus normas y preceptos son normas y preceptos que cumplimos en nuestra vida, seremos practicantes de verdad.

(Permítaseme dos breves advertencias. En el lenguaje corriente de hoy, se entiende como practicante a aquel que va a misa los domingos, independientemente de su testimonio y conducta. Ciertamente que la asistencia a misa es un dato que facilita

las estadísticas respecto a la pertenencia a una u otra Iglesia o comunidad, pero el detalle a veces confunde. Ir exclusivamente a misa, no supone necesariamente que seamos practicantes de la doctrina del Señor.

Sin detenerme, que no es este el momento, advierto que no ignoro que haya otros caminos de relación con Dios, la mística entre ellos. Tal detalle lo he advertido para que el lector entienda que un lama budista, un sufista musulmán o un judío adentrado en la cábala, pueden entenderse, mejor dicho compartir su experiencia trascendente, con un contemplativo cristiano)

No se puede negar que el creyente tiene capacidad de imitar a Cristo, o al menos de pretenderlo honestamente, está a su alcance, pero sin duda le es difícil.

Los antiguos monasterios, podían practicar la pobreza de acuerdo con sus reglas, pero, pese a ello, recibían muchos donativos, tanto en moneda como en bienes muebles e inmuebles. Ahora bien, para ser fieles a su vocación, sin que las tales dadas que a veces se convertían en riqueza, dificultaran el cumplimiento de sus normas y ocultaran el testimonio de vida pobre que exigía su vocación cristiana, encargaban a un monje la responsabilidad de ayudar a los necesitados que llamaban a su puerta solicitando ayuda. Tal monje recibía el nombre de limosnero, En los mismos monasterios, otro monje era el encargado de acoger a los huéspedes o peregrinos, orientarlos y facilitar su estancia, tanto física como espiritual.

Limosnero se le llama también al monseñor que por encargo personal del mismo Papa, le encomienda la responsabilidad de ayudar a los necesitados, sin indagar de donde procedan o vivan, de crear locales o instrumental acogedor, sean dispensarios médicos, comedores o servicios higiénicos, en el mismo territorio de la Ciudad del Vaticano.

En el terreno comercial, en los grandes almacenes, existe la oficina de atención al público y sus delegados lo cumplen solícita y amablemente.

Creo que me he referido a suficientes empleos para dibujar el perfil de una determinada figura social que deberá ser siempre, espabilado, servicial y afable.

Aterrizando en lo que importa ahora y en los contenidos cristianos que debo explicar, y con los debidos respetos, me atrevo a comparar y decir que en el seno de la Divinidad, se le atribuye tal caritativo empleo en grado sumo al Espíritu Santo. A Él me voy a referir ahora.

Lo primero que quiero advertir es que la imaginación del Espíritu Santo es portentosa. Su amor no obedece a cálculos estratégicos, ni económicos. Dios no hace periódico inventario de su bondad, ni programa proyectos de futuro. Es importante saberlo, pues con frecuencia cuando uno cree que está rezando, en realidad trata de darle lecciones o presentarse con exigencias.

Vuelvo a repetir que la plegaria, evidentemente, se dirige a Jesucristo, Hijo de Dios y hermano mayor nuestro. Podremos exponerle nuestras penas, necesidades y deseos, como Él mismo se lo expresó al Padre en Getsemaní, pero no olvidando nunca el "no se haga mi voluntad sino la tuya"

Y si bien la generosidad del Espíritu es siempre original, su bondad ha sido anunciada y asegurada en la Revelación. Señalada, no limitada, ni encerrada en módulos exclusivos.

Dejémosle a Dios ser siempre genial y admiraremos más tarde su esplendidez.

GENEROSIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

En la Biblia, principalmente en tres lugares, se mencionan las mercedes divinas. Me limito a copiar textualmente.

En Romanos, 12 6-8: . Pero teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámolo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; . la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad .profecía, servicio, enseñanza, exhortación, dadivosidad, liderazgo y misericordia

En I Corintios 12 4-11 Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu y a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; . a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad y sabiduría, palabra de conocimiento, fe, sanidad, poderes milagrosos, profecía, discernimiento de espíritus, hablar en lenguas e interpretación de lenguas

En 1 Cor 12,28 Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? . ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos?

Puestos así, copiados literalmente, me temo que a nadie entusiasmen estos regalos. Responden tales conceptos a la ideología y vocabulario de los primeros lectores a los iban dirigidas las cartas, que no son exactas a nuestra manera de expresarnos.

El Catecismo de la Iglesia Católica, después de referirse a las virtudes humanas y a las teologales, alude a los dones y frutos del Espíritu Santo y dice así:

“1830 La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo.

1831 Los siete *dones* del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David (cf *Is* 11, 1-2). Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

1832 Los *frutos* del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: “caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad” (*Ga* 5,22-23, vulg.)”

No seré yo quien me oponga a tal descripción, que es muy respetable, ahora bien, aunque el estilo literario del catecismo sea más próximo al nuestro, no corresponde al de la forma de hablar, que utiliza un sencillo e ingenuo miembro de la Iglesia, sin estudios de teología universitaria.

Advierto que en este terreno, como ocurre también en el litúrgico, es muy difícil huir de refinado culturalismo, sin ser populachero, de aquí que no haya querido ignorar las citas por respeto al texto bíblico, aunque yo no me expresaré de tal manera. Y advierto que no se puede ignorar que la estructura del lenguaje, sus vocablos propios, influyen en la configuración mental del individuo. Pero esta disquisición tal vez incomode aquí, pues, es más propia de teorías estructuralistas que de consideraciones religiosas. Olvídelo, pues, el lector y no me acuse de pedantería.

Por tanto llega ahora el momento de reflexionar y preguntarse. En verdad creo en Jesucristo y le estoy agradecido, ahora bien, mi vida ¿es un reflejo de la suya? Él era Dios y por tanto capaz de obrar como obró, en cambio yo... ¿en algo me parezco?

Precisamente por esto quiso el Señor comunicarnos sus favores, que su Espíritu personal nos enriqueciese, nos otorgase dones facultades que nos fuesen útiles para vivir como Él vivió, que en los momentos de angustia, nos animasen para así alegrar a los demás. Que en momentos de depresión nos recordasen que Él también en Getsemaní lo pasó mal y consolados sepamos nosotros consolar a los demás, que nunca despreciemos, desperdiciemos o tiremos aquello que todavía puede sernos útil a nosotros o a los demás. Que no perdamos la Esperanza y sepamos comunicarla a los otros. Que sepamos vencer la pereza y cada día nos vayamos a dormir satisfechos de haber hecho algo bueno y provechoso. Que no nos domine la ambición y sepamos ser modestos. Que "si tropiezas el triunfo, si llega tu derrota y a los dos impostores tratas de igual forma... no busque el aplauso, la admiración pensando que tu atractivo personal es una característica valiosa.

Hay gente que sale por el mundo repartiendo simpatías y cree que acelerará con ello la llegada del Reino. Jesús fue bondadoso, no simpático. Quien crea que la sonrisa es anzuelo para pescar seguidores, se equivoca.

He puesto ejemplos, gustarán y serán oportunos según algunos, o tal vez los consideren sandeces otros. Lo importante es que, si sinceramente reconoces que gozas de facultades superiores, de atractivos o de ingenio, más que enorgullecerte y creerte superior, sepas que estos conocimientos o aptitudes que has recibido para servicio de los demás.

Tal generosidad particular recibe el nombre de carisma.

Vuelvo a cambiar de tercio.

Se había despedido el Señor encargando a sus amigos que fueran por todo el mundo proclamando la buena nueva. Su último deseo, su llamada, su vocación, cada uno a su manera es que no olvidasen ser misioneros.

Al mundo, como a los campos, no se le pueden poner puertas. A la Fe tampoco. La realidad inmediata fue que boquiabiertos le vieron desaparecer, manteniéndose

inmóviles. Ninguno se atrevió a abandonar su tierra. Les faltaba el empuje del Espíritu que les llegaría en Pentecostés.

Después del acontecimiento sí, vino la dispersión. Se les unió Pablo que no estaba allí presente. Fue escogido por el Señor más tarde, se incorporó, dice él, naciendo a la Fe cual un aborto. Su Pentecostés personal ocurrió en Damasco. Se retiró al desierto a meditar, antes de incorporarse al equipo apostólico

Algunos, no obstante, de entre los miles que escucharon el mensaje de Pedro, de raquítica mentalidad, permanecieron reclusos en el mismo Jerusalén, fieles a tradiciones ancestrales, que frenaban su crecimiento. En pocos siglos este grupito desapareció. En la Iglesia no caben los bonsáis religiosos.

Si leemos el evangelio en sus finales, observaremos que Jesús anuncia reiteradamente que después de Él les llegaría a ellos el Espíritu defensor. Pese a que hablara formalmente, poco a poco, fue acentuando su entusiasmo y desvelando la identidad del próximo venidero.

Querer ignorar tales enseñanzas y ensueños, es semejante a iniciar una amistad con alguien, poco a poco va creciendo, se llega al terreno de las conversaciones más sinceras, le habla de su esposa con aprecio y admiración. Un día le dice que, que si bien reside en el extranjero, pronto va a venir y se la presentará. Le enseña fotografías y le cuenta anécdotas, cualidades, capacidades y belleza. Late su corazón ilusionado cuando le dice que se acerca el encuentro. Evidentemente, el depositario de tal amistad y tales confidencias, cuando llegue la consorte, no podrá despreciar, ni ignorar, ni dejar de confiar en ella.

El espíritu Santo es el Amor de Dios Padre, que nos envió a su Hijo para salvarnos y no contento con ello nos quiso demostrar su amable y generosa simpatía.

Y todo ello en la unidad de Dios, que se nos muestra en porciones personificadas para que seamos capaces de recibir amor predilecto.

Cambio de tercio.

Nos llamamos católicos y no es erróneo designarnos así, pero tal vez sería más apropiado apellidarnos pentecostales, pues, en un tal día nos iniciamos en la Iglesia, como ya he referido. Ciertas comunidades, acentuándolo, así se titulan. La realidad divina no está encerrada en el espacio/tiempo, pero nuestra percepción personal acompaña la historia. Imaginando así, será justo decir pues, que vivimos en la era del Paráclito.

Vuelvo a repetir que nunca me canso de hablar de Dios.

El Padre representa la seriedad de la tarea inicial. El Hijo la enseñanza, el ejemplo y el sacrificio. El Espíritu Santo es la juventud eterna, la amabilidad, la elegancia espiritual, la generosidad personificada.

Observando con reverencia y admiración la creación. Agradecidos a la salvación y resurrección a la que estamos incorporados. Nos toca ahora, a cualquiera de nosotros, vivir y colaborar en la propagación de la Gracia.

Es preciso que el mundo sepa que la Fe es juventud espiritual. La era del Espíritu es fundamentalmente era de Esperanza.

Muchos admiten que hay algo superior, fundamento de la existencia. Otros confían en la ayuda de un ser trascendente ignoto. Ahora bien, para el progreso espiritual, es imprescindible la Esperanza, que no es simple optimismo temperamental. Si solo esto fuera, nos conduciría un día u otro al insoportable desencanto, que conduce a la droga e inclina al suicidio.

Reconociendo su valor y su valer, para afianzarnos, debemos retroceder, contemplar al Cristo crucificado y resucitado, unidos a la Iglesia, esposa suya que con sus sacramentos satisface nuestra sed, repara la hambruna espiritual, creciendo en nuestro interior una existencia nueva, una felicidad suprema.

He dedicado muchas líneas a hablar del Espíritu Santo y a pesar de ello, puede alguno imaginar que sí, que es importante, pero que prefiere recordar que quien comulga los primeros viernes, o lleva el escapulario del Carmen o la medalla milagrosa, quien venera la Vera-Cruz de Liébana, solicitando tres favores, o reza cada día antes de irse a dormir, las tres avemarías, o, o, o... ya tiene bastante. Que la Virgen de Fátima prometió no se qué, pero que tiene más devoción a la de Lourdes, que por la del Rocío siente más fervor...

No seré yo quien desprecie tales criterios o actitudes, pero debo advertir que lo fundamental de nuestra Fe cristiana no está encerrado en tales prácticas.

Ni siquiera he mencionado el pecado y no es porque me deje de importar y preocupar. A la maldad esencial que lo caracteriza, añado para acabar con lo que dice Pablo a los efesios (4,30): "No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención. Toda acritud, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad, desaparezca de entre vosotros. Sed más bien buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo".

ILUSTRACIONES

Es frecuente que quien desea decorar el interior de una iglesia o adornar religiosamente un recinto, encargue el proyecto a un artista, para que lo realice de acuerdo con sus gustos y cualidades. Se dice que en occidente el experto antes de iniciar el diseño, se informa estudiando, o consultando con gente entendida en la materia. En oriente en cambio, el intelectual que desea avanzar en conocimientos teológicos, acude al ejecutor de iconos para que le explique el contenido y significado de su obra.

Cuando decidí redactar unas reflexiones sobre Pentecostés y más concretamente el Espíritu Santo, tuve desde el principio muy claro que al texto debían acompañar imágenes. Dos motivos me mueven a hacerlo. En primer lugar por el contenido. Si el icono se lee, no se mira, algo semejante podría decirse de cualquier representación plástica, física o fotográfica. En segundo lugar, en una sola imagen se puede guardar un rico contenido, conservarlo en la memoria y extraerlo de ella en cualquier momento, recordando junto a su mensaje las impresiones, las enseñanzas y lo que represento en su vida el conocimiento aportado. Cuando tengo ocasión de visitar un museo escojo desde el inicio lo que quiero ver y al

encontrarlo, me dejó impresionar, influir y beneficiar de su riqueza. Si una cosa, un tema, o un estilo no me importa, procuro pasar de largo, no mirarlo, para que no ocupe lugar en mi mente, pues no me atañe. No me gusta ser superficial turista, que mira y cuenta después a donde ha ido, sin que lo que almacenaban sus neuronas hayan enriquecido su interior. Al Louvre voy a ver las antigüedades del Medio Oriente. En Florencia preferí visitar el convento de San Marco. Fra Angélico encajaba muy bien en mi interior y complementaba mi devoción a Santa María. Al de la Academia, dada mi cultura, era suficiente contemplar la copia del David de Miguel Ángel, en la Plaza de la Signoria. En Florencia también, visitando los "Uffizi", me detuve exclusivamente en las obras de Botticelli.

Estas advertencias no son exhibición pedante, es recomendación personal para que se vean las imágenes que acompañan al texto que el lector tiene en su mano. Los comentarios que yo pueda hacer a modo de breve presentación, pretenden facilitar la captación de su misterio estético, sacándoles todo su jugo. No son, pues, decoración. Libro con santos o estampas, le hubiera llamado yo en mi niñez. Cada uno de los escogidos tiene su historia personal.

Vuelvo de nuevo a repetir que la imaginación de Dios es inmensa y prodigiosa, Providencia le llaman otros y no seré yo quien rehúse este tradicional y santo término.

Basta de introducciones y vayamos al grano.

1º.- La imagen-ilustración primera, puede hacérsela cada uno, pero aquí incluyo una fotografía para recordarlo. Se trata del fuego. Si tiene el antecedente de la zarza de Moisés, su mejor aparición bíblica fueron las llamas que coronaban misteriosamente a los asistentes el día y momento de Pentecostés. El fuego, siempre inquieto, nunca pasivo, es símbolo del Espíritu Santo y señal de la Iglesia. La realización práctica, perdóneseme que cuente mi experiencia en las vigilias de Pentecostés, se reduce a escoger un recipiente metálico de cierta calidad y se llenarlo de alcohol.

(El que en el comercio se le llama de quemar, es barato y de las mismas cualidades que el de utilización terapéutica, para la utilización litúrgica que va a tener. Al encenderlo, hágase con precaución, por la temperatura y toxicidad que pueda tener, arde pero no ilumina. Si se le añade desde el principio una buena dosis de sal común, lucirá con tonos calientes, si se le agrega sulfato de cobre, la piedra azul de los hortelanos, la llama será verdosa-azulada. Luces inquietas, colores diferentes, llaman la atención. Arde fácilmente, sin necesidad de ninguna mecha, parece que nazca de la nada, semeja una antorcha flotante).

Al llegar a la convocatoria de la vigilia, se tendrá encendida la lumbrera. Es imprescindible que acompañe el silencio y la mirada se fije en la luz juguetona y misteriosa.

Nuestra central hoguera, caliente y cede su luz a cualquiera que se le acerque con un objeto combustible, sin perder ella sus esencias.

Quien es capaz de asombrarse y meditar, podrá pensar que es una humilde analogía del Espíritu Santo y le costará poco solicitar sus favores. Para tal suerte, deberá estar dispuesto a evitar las distracciones y que el silencio empape todo su ser.

2º.- Abandono el fuego y acudo a otra imagen. La más común representación y más aceptada por las normas eclesiásticas, es la de la paloma, por recordar la teofanía del bautismo de Jesús en el Jordán en la que el Espíritu Santo tomó la

forma de esta ave. Pese a su común representación, tiene dos inconvenientes. En primer lugar hoy en día representa un peligro para los monumentos donde se posa y ensucia y se ha vuelto animal antipático. En el terreno estético, evoca para el común de los humanos, la paloma que le trajo a Noé un ramito de olivo, o peor aún, hay quien atribuye la creación de esta imagen a Picasso.

En mis tiempos de maestro de primaria, hablando a mis alumnos de la Santísima Trinidad, les advertía: la segunda Persona se hizo hombre, decimos se encarnó, pero la tercera, de ninguna manera creáis que se empalomó.

La vidriera que aparece en esta muestra, es la que uno observa en el fondo de la basílica de San Pedro del Vaticano.

Dicho todo lo cual, comprenderá el lector mi predilección por el fuego.

3º.- La pintura en pergamino, perteneciente al código Rabbula, siglo VI, es la más antigua representación de Pentecostés del mundo occidental, tal manuscrito está relacionado con el actual Líbano.

4º.- La más famosa pintura, que no falta hoy en día en ningún ámbito religioso, es la llamada Trinidad del Antiguo Testamento. Las Iglesias orientales ven en la escena de Mambré, una revelación anticipada del misterio trinitario. La mejor y más conocida, es la pintada, escrita debería decirse, por Andrei Rublev (s XV). Hay que advertir que la figura del Espíritu Santo es la que aparece situada a la derecha.

5º.- Curiosas son las dos pinturas al fresco de la iglesia de St. James en Urschalling (s XIV) en Baviera. Elogiadas y discutidas, no puedo añadir ningún comentario. No he podido verlas ni conseguido reproducciones de más calidad.

6º.- Vienen después las pinturas-reproducción de las descripciones que un artista hizo, de acuerdo con lo que le indicó Santa Crescencia de Kaufbeuren (s XVIII). Si nadie dudó de su santidad, de sus visiones y contactos místicos, también es verdad que no gustaron tales pinturas a los medios eclesiásticos. En principio se ocultaron tales lienzos y se prohibieron las representaciones antropológicas del Espíritu Santo, si bien, no sé yo que se haya obligado a ocultar las otras que existen y nadie las retira.

7º.- Pasaba hace años yo por una preciosa, estrecha y curvada carretera que sigue paralela a la cordillera pirenaica, cuando en un recodo observamos una aparentemente oculta ermita. Nos detuvimos a verla y tuvimos la sorpresa de que en ella se conservaba una de las más preciosas Majestades románicas que existen y para colmo y satisfacción mía, en sus muros había dos retablos representando a la Santísima Trinidad. En lo que respecta al Espíritu Santo, la figura joven no parece específicamente masculina o femenina. (La población de tal iglesita se llama Prunet i Bellpuig).

8.-en la Cartuja de Miraflores, en Burgos, en el famoso enorme retablo de la Santísima Trinidad, obra de Gil de Siloé y Diego de la Cruz, el Espíritu Santo se representa como un joven

9.- En Colonia ya había estado anteriormente, pero tuve la ocasión años más tarde de residir unos días allí. Conocía la importancia del cofre que conserva las reliquias de los Reyes Magos y la calidad de sus vidrieras góticas, pero dado el tiempo de que disponía, me dediqué a buscar detalles nuevos, descubrí o me indicaron, este precioso vitral de siglos posteriores, pero que tiene la gracia de que la representación de Pentecostés es más completa que la que uno ve en otros lugares. Desde entonces cuando rezo el rosario digo siempre: la aparición del Espíritu Santo a Santa María, a los apóstoles, a las santas mujeres y a los discípulos.

11.- Las otras dos ilustraciones las he encontrado en internet. Una corresponde a un icono maronita y el otro a un diseño para un manual de catequesis. En ambos se expresa la pluralidad de asistentes.

Mi ilusión es que el texto y las imágenes concienciaran la importancia que para la vida cristiana tiene el contar con la ayuda de Dios. ¡cuántas personas se han alejado de la Fe, simplemente porque se la han querido cultivar solas y a su manera!

Prescindir de la ayuda de Dios-Padre que no contento con enviarnos a su Hijo que nos enseñó y sacrificó por nosotros, quiso que recibiéramos al Espíritu Santo que es luz y fuerza, es un error mayúsculo.

-pedrojosé ynaraja díaz-